Los Contemporáneos

EL DESCONOCIDO

NOVELA POR

Carmen de Burgos (Colombine)

EDICIÓN ECONOMICA 20 Cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

MARTIN DE LOS HEROS, 65, MADRID

Teléfono 4.539 Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18.

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 30 céntimos.
Íd. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

MONTANO Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. El Phonola y demás aparatos para tocar el piano. Ultima creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 73 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos.

Gran salón de Conciertos. San Bernardino, 3. MADRID.

FABBICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

PARA CASAS DE CAMPO

El alumbrado por gasolina no tiene rival.
Es inexplosivo y no produce humo ni olor.

CATALOGO GRATIS

PASCUAL M. LAORDEN (S. en C.)
(Antes LAORDEN Y Cía. S. en C.)

FUENTES, 9. MADRID.—Teléfono 2996.

BEBED

LAS NUEVAS Y YA CÉLEBRES

AGUAS DE MORATALIZ

Recomendadas por las más grandes eminencias médicas contra las enfermedades del estómago é intestinos

Depósito central: BARQUILLO, 4.—MADRID

Los Contemporáneos

12 DE OCTUBRE DE 1917

NÚM. 459

CRÓNICA

FIESTA ASTURIANA

Para el gran cuentista D. José Zahonero.

Por decoración, una verde y olorosa pomarada; mucha alegría, mucho afecto y, sobre todo, mucha, mucha sidra...

Un cielo de pizarra, da más sabor al cuadro.

En un tablado y al son de la gaita que hace sonar el gaitero de Santa Clara, baila una pareja de aldeanos. Sus saltos son rítmicos, suaves, de una bondad primitiva. No hay en la danza lujuria ni desenfreno, parecen los bailadores, más que hombre y mujer, figuras de un bajorrelieve modelado por un artista sereno y puro.

El tamborilero de La Abadía, lanza una copla, á la que los *paxarines* en la enramada, ponen estribillo.

El estampido de los cohetes, que un hombre colorado lanza, son otro ruido típico también de la asturiana fiesta.

En "El Combé"—así se llama el sitio donde nos encontramos, y es delicioso como un jardín—reina la más franca y limpia alegría.

Un sin fin de aplausos premia la labor de los bailarines; cesa la gaita en su adormecedor cántico y suben al tablado, que escenario de la fiesta es, dos muchachos jóvenes.

Son — dicen á mi espalda—"El Botón" y "El Cuchichi", los mejores cantores del concejo...

El mote me repugna siempre, y ahora más que nunca—comprendo á un torero—cosa inferior, con mote, y á un bandido; pero un cantor de bellas canciones... No; no debe llamarse con mote alguno quien se llame artista; no, no debe denigrarse á ningún hombre con un remoquete que suena á insulto, cuando en labor de arte y belleza se ocupa. "El Botón" y "El Cuchichi" deben imponer su patronímico. Quede para los toreros la ruindad del apodo.

Quien me presentará á los muchachos, me dice ahora:

—"El Botón", que es el más pequeño, trabaja de cajista en un periódico de Oviedo; y "El Cuchichi" ajustador es en los talleres del ferrocarril del Norte. Trabajadores son que en los ratos de descanso cantan.

Nuestro diálogo cesa por imposición de los oyentes.

El joven cajista comienza su cantar. La voz es robusta, grande; parece en la calma del atardecer, como una oración de triste renunciamiento.

¡No me rondes!
¡No me rondes
que nun quiero ser rondada!...
¡Soy *fiá* de padres probes!...
¡Non quiero ser murmurada!...

Por un momento las caras de las muchachas que escuchan, son tristes, pero cuando un nuevo cantar de amores, que parecen imposibles y luego son realidad, suena, las lindas bocas sonríen y en los ojos brilla el deseo.

—A querer á mi ama
yo non me atrevo...
¡Da la güelta "Morica";
atrás "Romero"!

.....

—Si mi criado quiere...
¿quién se lo quita?
—¡... da la güelta "Romero"
atrás... "Morica"!...

Las manos se juntan. Yo siento un goce inefable oyendo el cantar y aplaudo también.

Turnan los cantadores, y el simpático muchacho que trabaja el hierro entona su canción.

Tengo subir á Payares
d'aunque me muera de friu
pa ver si puedo traer
la molinera conmigo.
¡Al molín, moler;
al arroyo del agua!...
Así esta canción
un aldeano cantaba.

La voz del rapaz es dulce como un suspiro; suave como un eco. En mi alma ha percutido gratamente.

Todos festejamos al muchacho, que canta otra vez:

Pastor que estás en el monte
y duermes sobre felechus
ven, y casando conmigo
dormirás sobre mi pecho.

¡Qué amable es la copla! Las mozas que á mi lado están, pónense tristes, porque saben que decir el amor una *mociquina* á un *chaval*, cosa *ye solu* de *cantarines* y no de realidades. ¡Oh, si lo fuera!... No sufriría tanto el corazón que ve cruzar indiferente á quien de veras ama...

La fiesta termina.

La noche llega, y con ella más canciones. Ya no sólo entonan *asturianaes* los simpáticos obreros, ya cantan todos.

Camino de la ciudad vamos.

Una voz de hombre dice con entonada voz:

Arrimadito á aquel roble
dí palabra á mi morena;
el roble será testigo,
ella será mi cadena.

Los cantares son como los cohetes que rasgan la noche con sus lagunas de luz; la tristeza de estos cantos ha traído á mi ánimo el recuerdo de un cariño muerto; pero de pronto, una canción pícara me hace sonreir:

El cura de mi llugar
diz que non tié rapacinos,
por el ojo de la llave
vense siete pequeñinus...

Contento, satisfecho, vuelvo á la ciudad.

La fiesta asturiana ha dejado en mí una gratísima satisfacción y ha resucitado mi amor á Asturias con más pujanza que nunca.

No todo ha de ser oir hablar de odios y tiranías.

¿Verdad, amigos míos?

FERNANDO MORA

Gijón-Agosto-1917.

CRONICA POLITICA

Se queja la Prensa de la prolongación desmedida de la anormalidad, y, hasta donde se lo permite el lápiz rojo, dirígense al Gobierno acres censuras por su poca prisa en volver las aguas á su cauce. Pero

¿estamos seguros de que las circunstancias que motivaron inevitables precauciones han cesado ya? ¿No vemos que, apenas resuelto un conflicto, surge otro inesperado, poniendo en apurado trance la tranquilidad de la vida española? Siendo esto así, constando á todos que la inquietud reinante no es un mito, ¿hemos de motejar á los que, en cumplimiento de un deber ineludible, se ven precisados á adoptar medidas de previsión en armonía con el ambiente que nos rodea? Triste es, en verdad, el ejercicio del Poder en momentos tan difici-

MANCHA,
EN "UNA MUJER IDEAL"

les, en que todo es hostil al que gobierna, porque queremos hacerle responsable del malestar en que nos debatimos, al que tantas y tan complejas concausas contribuyen.

Y, sin embargo, poco á poco vamos entrando en la normalidad; prueba de ello es el levantamiento del estado de guerra. Queda aún la previa censura, que tanto y tan fundadamente molesta y perturba á la Prensa. Pero sucesos como la fuga del submarino, hacen pensar que no sería político ni prudente restablecer ahora la libertad, pues la menor extralimitación del lenguaje periodístico, pudiera poner en tela de juicio nuestra situación de neutrales, proclamada por España entera como medida salvadora. Seguimos siendo optimistas, á pesar del empeño que voces arteras y solapadas vienen poniendo en tergiversar las cosas; así como se solucionaron dificultades tremendas y se resolvieron conflictos que parecían insolubles, así también se vencerán los actuales, que distan mucho de tener la gravedad de los pasados; y, llegado que sea el instante oportuno, el Gobierno hará las elecciones, caminando con paso seguro hacia la realización de su programa.

Y, en bien de todos, es preciso que así sea. No hay nadie que desconozca la necesidad ineludible de someter á transformación completa nuestras costumbres políticas; pero de esto á creer que medidas tan radicales pueden adoptarse en un momento, equivale á vivir en plena utopía. Para que la renovación anhelada sea un hecho, es preciso cristalizar en leyes las aspiraciones del país, crear los organismos necesarios para el mejor funcionamiento de la máquina política, sustituir, en fin, lo caduco por lo joven, esperando, claro está, á tener confeccionadas las piezas nuevas antes de arrojar las mohosas á la banasta de lo inútil. Pero derribar lo existente sin tener dispuesta la sustitución adecuada, sería algo tan absurdo como lo que sucede con ciertas Compañías ferroviarias, que despidieron al personal antiguo y, no ocupándose de sustituirlo, han causado la desastrosa situación que padecemos.

¿Cuáles serían las consecuencias si otro tanto acaeciese con la vida del Estado? No es preciso contestar á esta pregunta: quédese la respuesta para los que, inconscientes ó mal intencionados, quisieran reducir á escombros lo existente, como si las comodidades de la vivienda confortable radicaran en la piqueta del bracero demoledor, y no en la fría pericia del alarife.

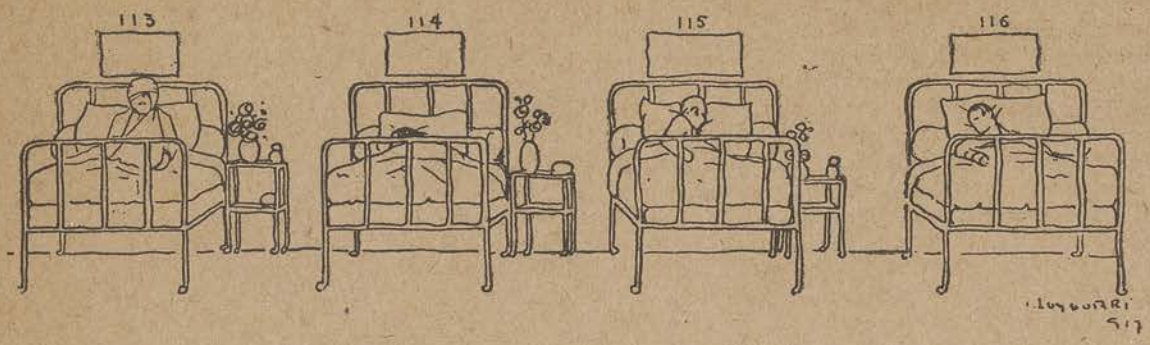
TELONES Y BAMBALINAS

Un pleito entre traductores ha ocasionado la suspensión de "Una mujer sin importancia", que, después del éxito logrado, estuvo a pique de morir escénicamente, apenas nacida. Por fin se arregló todo, sin más alteración que un simple cambio de nombres en los carteles. Donde decía "Plañiol", se puso "Baeza", y *tutti contenti*. Por cierto que la frasecita italiana trae á mi memoria el título con que la obra de Oscar Wilde fué traducida al idioma del Dante: llámase allí *Una donna quelconque* (Una mujer cualquiera); y fuerza es reconocer que, aunque menos literal, es más eufónico y adecuado este rótulo que el que aparece en castellano. Y

SRA. ADAMUZ,
EN "UNA MUJER IDEAL"

vaya, también, con estas líneas, una mención honorífica para Maruja Alvarez de Burgos, que progresa á pasos de gigante.

Eslava ha abierto ya sus puertas. Ditirámbicos sueltos de Contaduría nos hablaron de un plan de trabajo admirable: obras clásicas, firmas españolas de primer orden, algunas traducciones de autores selectos... Y, como demostración de tan bellos propósitos, apertura de temporada con *Divorciémonos*. La obra de Sardou, manida y vieja, no responde, en verdad, al estupendo programa, pero tiene un papel de mujer que se presta á



Carmen de Burgos (Colombine)

EL DESCONOCIDO

I

La oscuridad de la ciudad era más triste, más densa, más amedrentadora que la oscuridad del campo. París, que fuera de los grande Boulevares, tenía siempre algo de oscuro y sombrío, á pesar de su exceso de luces, ahora, con los faroles cubiertos con las monteras de metal, las luces de los escaparates envueltas en tulipas, y la escasa iluminación de los establecimientos, ofrecía un aspecto imponente, desolado, amenazador.

A las siete de la tarde estaba ya cerrado todo el comercio y apenas daban las diez restaurantes y cafés echaban los parroquianos á la calle. Una hora después ni teatros, ni metropolitano, ni tranvías; nada que recordara el bullicio, la vida fácil, la alegría de la noche de París. Parecía que la oscuridad estaba llena de peligros, eran medrosas las siluetas de los escasos transeuntes que se cruzaban en las aceras y la vista interrogaba con más desconfianza aún los pedazos de cielo que se tendían como toldos nebulosos sobre los edificios, temiendo ver fraguarse repentinamente el rayo sobre la ciudad, con la llegada de los zepelines, á pesar de la gran vigilancia.

Cuando Matilde subió las escaleras y se encontró en pleno Boulevard, en la boca del Metro de Saint Germain, sintió la sensación de pavor del que ha abandonado una guarida piadosa en aquellas profundidades y se encuentra á la intemperie. Algo así como el que se embarca en el momento en que el barco se separa de la tierra.

Con paso ligero dobló la esquina y se aventuró en la Rue de Rennes. Aquella calle tan simpática, tan acogedora, tan provinciana, cerca de la severidad del aristocrático Saint Germain y las alegrías populares del *Bou' Miche,* estaba alumbrada por escasos faroles, triste y sombría, sumida en un silencio que no daba idea de la multitud de personas que se albergaban en el interior de las casas.

Miraba atentamente todos los edificios, dudando cuál era el que deseaba encontrar, por el aspecto distinto del que estaba acostumbrada á ver y la dificultad de distinguir la numeración. La puerta al abrirse dejó ver un portal y estrecho y profundo, que reconoció por el que buscaba. A mayor abundamiento, dos personas que salían la saludaron cariñosas y sorprendidas.

—¡Cómo, Matilde, usted á esta hora!

—Sí, es preciso que yo vea esta noche á D. Pedro y á los amigos. Mañana llega el primer tren de repatriados. Telegrafían de Suiza que vienen en un estado lastimoso... Es preciso hacer algo. Yo soy la encargada de este distrito...

—No será de los mejores... aquí estamos muchos extranjeros.

—Precisamente por eso... es preciso probar nuestro amor á Francia... nuestro entusiasmo, nuestro agradecimiento... Muchos de los que vivimos aquí hemos hecho aquí nuestra fortuna.

Protestó el hombre:

—No sin trabajo y dificultad.

—Por mí — añadió la mujer — si pudiera ya hace tiempo que no viviría en París.

Matilde no quiso contestarles y dándoles las buenas noches empezó á subir la escalera. Ya conocía ella todos aquellos argumentos. Precisamente todo el comercio de aquel barrio estaba en manos de extranjeros. Había allí casas orientales, por cuyos escaparates tentadores, llenos de perfumes misteriosos, de frutas exóticas, de objetos de metal preciosos, con dibujos estilizados, especie de signos cabalísticos; se divisaban los rostros amarillos de los dueños, de ojos oblícuos y bigotes caídos como hojas de sauce. Tiendas africanas, en las que despachaban negros y mulatos los productos indígenas; tiendas de indios, llenas de bebidas y frutos americanos; tiendas de turcos y judíos de Salónica, con sus tapices y telas brillantes; anticuarios españoles é italianos que ofrecían todos esos objetos que tienen un prestigio de piezas de museos y que creemos han de ser únicos y, sin embargo, se reproducen, se suceden, no se acaban jamás, y objetos perdidos en el tiempo, que milagrosamente surgen allí para lograr su rehabilitación.

Todas aquellas gentes se enriquecían allí con poco esfuerzo, explotando el deseo de gastar dinero de todos los ricos, ociosos que no saben ya qué comprar, y van á caza de objetos exóticos, contentos de pagar cantidades crecidísimas por muebles viejos, hábilmente trabajados, á fin de darles un sabor de antigüedad original y rara.

Verdaderamente era triste la vida de toda aquella gente envuelta en el engranaje de aquel comercio, lleno de azares, con la fiebre y la ambición de realizar buenas compras y buenas ventas engañando á compradores y vendedores. Formaban un círculo, una sociedad á parte, en la que todos se conocían, se trataban, eran amigos, y, sin embargo, procuraban arrebatarse los negocios, como en un juego de buena ley, y desconfiaban los unos de los otros, cuidando de ocultar sus cartas.

La mayoría de ellos, venidos de países orientales, de países de sol, donde la vida es cómoda y fácil, languidecían en aquel ambiente gris de París, en el aislamiento doloroso que se experimenta en las grandes ciudades, y hacían una vida como interina, inestable, como si sus propios hogares tuviesen algo de habitación de hotel que se ha de abandonar después de un largo viaje.

Cuando Matilde abrió la puerta, fué acogida con cariño, de un modo afectuoso, expansivo, quizás demasiado expansivo para ser muy sincero.

—¡ Hola, amiga !—exclamó D. Pedro, el anticuario italiano, hombre gordo, bonachón, calvo, que era el tipo más popular del barrio, por su carácter alegre, dicharachero y enredoso. — Venga á cenar con nosotros.

Ella se excusó y fué á sentarse cerca de uno de los extremos de la mesa, donde cenaba toda la numerosa familia, que sumaban catorce individuos, con esa prole numerosa de los italianos.

Insistió el anticuario:

—A ver... un plato... servir á la señora... Berta... ¿qué hace esa Berta?

La señora de la casa intervino con voz apacible y bondadosa.

—La pobre... hay que perdonárselo hoy todo... Se han llevado el hijo á Oriente... Ya sabe usted que lo hirieron en Verdun... ha estado aquí *permisionario*... pero está bien... no es *reforme* y hoy se embarca para Marsella... La pobre Berta no sabe lo que se hace.

Como si quisiera confirmar sus palabras, llegó de la cocina un ruido de cacerolas que rodaban y de loza hecha pedazos.

—¿Qué sucede?

La criada apareció en la puerta, con un aire atontado.

—Nada, señora... he roto una fuente... es verdad... se cayó... pero no se ha perdido la comida.

—Es terrible como está el servicio—intervino una anticuaria turca, que cenaba con los italianos, acompañada de dos hijas suyas.—Nosotros no tenemos ahora criada; Luna y Celeste lo hacen todo.

Empezó una lamentación entre las señoras de lo difícil que se hacía la vida con la *dichosa* guerra. Todas aducían datos desconsoladores para el buen gobierno de las casas. Adela, la esposa de D. Pedro, mujer fresca, entradita en carnes, con aire de actividad y limpieza, narró que se veía obligada á ir á la compra para conseguir que le guardasen las patatas y las verduras. Un pollo costaba un ojo de la cara, y el pescado no se podía probar. Las otras le hicieron coro. Lo peor era la falta del azúcar, del carbón, la limitación del gas; se hacía todo imposible.

Mientras departían, las niñas y los niños del matrimonio producían un gran alboroto, hablando todos á la vez. Una pedía más dulce, otra jugaba con su gato, la más pequeña enseñaba á todos su muñeca y el niño reclamaba unos *sous* para ir al cine. Las mayores, por su parte, con las dos niñas turcas, cantaban al piano, aporreado por don Pedro, que, como si quisiera aumentar el ruido, jaleaba, gritaba y hacía chistes sin cesar.

Después de sus quejas, las damas buscaron una compensación con lo que deberían sufrir en los otros países. En Italia ya había días sin carne... y en Alemania debían estarse muriendo de hambre.

En aquel punto de la conversación intervino Matilde.

—Figúrense cómo estarán todos esos repatriados que llegan mañana.

—¡ Pobrecitos !—interrumpió la turca.

—¡ Infelices !—se dignó decir una dama francesa, que no había despegado los labios durante toda la conversación.

Era una mujer de unos cincuenta y cinco años, con el cabello teñido de rubio y el rostro embadurnado, como una careta, de rojo, morado, blanco y negro; casi oculto entre las greñas rizadas de la cabellera, y escandalosamente vestida con un vestido azul claro, al que se mezclaban pieles, encajes y aplicaciones de colores en profusión. Sus manos, su cuello y sus orejas ostentaban una cantidad fabulosa de brillantes y piedras preciosas; y toda su atención parecía concentrarse en

abrigar en su mantita bordada á un repugnante y esmirriado perrillo de lanas, en cuyo hociquito depositaba cariñosos besos.

—Yo—continuó Matilde—soy la encargada de este barrio por el Comité. Quisiera ponerme de acuerdo con ustedes para lo que pudiéramos hacer.

—Creo—objetó la dama del perrito—que no necesitarán de nada. La caridad francesa provee á todo. Ya ha visto usted la organización que tenemos de hospitales, casas de socorro, hospedaje de permisionarios. Todo, Los soldados son bien felices; ellos no carecen de nada.

Se indignó Matilde.

—Pero si todos descansamos en lo ya hecho y no prestamos nuestro concurso...

Interrumpió la turca:

—Yo, nada puedo... mujeres solas... todo lo tienen que hacer Celeste y Luna... no tenemos ni criada...

La francesa, más radical en sus argumentos, se había puesto de pie, se envolvía en un chal amarillo y verde y ocultaba su perrito entre las pieles de su abrigo, contra su pecho.

—La verdad es que se ha hecho tarde... y todo está tan obscuro... si tuviesen la bondad de acompañarme.

—¡Berta!—Llamó Adela.

Apareció la buena mujer con su aspecto pasmado de autómata.

—Vaya á acompañar á la señorita.

Fué preciso repetirle varias veces la orden, que ella parecía no entender.

—Pobre mujer—exclamó compasiva la turca.—Anímese y tenga consuelo... más vale ser madre de un heroe muerto que de un...

Por fortuna, Berta no la oía. Cada vez que le daban aquel consuelo se ponía furiosa. La pobre mujer no entendía de patria ni de heroísmo cuando se trataba de su hijo, del hijo en cuya compañía había vivido, tranquila y feliz hasta el momento de la guerra, que había destruído su pobre casita y la obligaba á ponerse á servir, con el corazón destrozado, temiendo siempre por el hijo, que era su mundo todo.

Don Pedro despedía á la anticuaria con grandes muestras de afecto y galantería, entre las risas de las otras jóvenes, que reían los dengues de la dama.

Era la anticuaria más rica del barrio, poseedora de una gran fortuna, y unía á su espíritu de comerciante un espíritu romántico y sensible, que ella proclamaba como el más exquisito é incomprendido que pudiese tener mujer alguna. Desgraciadamente su avaricia era superior á su romanticismo, y corría parejas con una ridícula coquetería senil. Allá en sus mocedades, había estado para casarse con un joven holandés, redondo y rubicundo, pero el padre del novio le había exigido para dar el consentimiento, una escritura dotal, en la que señalase á su hijo una renta para mantenerlo á él y á doce perros, que formaban su familia de adopción.

El amor de la anticuaria no resistió tal demanda; renunció á la boda, y vivía sola con su perrito y con un hermano solterón, que le servía de criada. Sus ocios los gastaba en hacer versos sentimentales, que copiaba á máquina y colocaba en el escaparate, entre sus antigüedades, deleitándose en ver cómo se detenían á leerlos los transeuntes.

Cuando cerraba la tienda iba siempre á casa de alguno de sus amigos, para que la invitase á cenar, y se ponía todas las joyas del escaparate y todas las toilettes fastuosas que combinaba con las sedas y los encajes antiguos, los damascos y los brocados fabulosos y los terciopelos picados. Ella amenizaba las reuniones declamando, y no habla-

*

ba jamás de asuntos caseros y comerciales, que parecía detestar.

Adela tomó una resolución:

—Yo iré mañana con usted—dijo á Matilde—y ya veremos lo que se hace.

Quiso intervenir D. Pedro.

—Pero, Adela, tú olvidas los hijos y la familia que tenemos...

—Si cada uno de ellos le da una cucharada á otra persona le llena un plato, y ellos no se quedan sin comer—respondió con sencillez Adela.

—Tiene usted un corazón de italiana y...

No pudo acabar; la anticuaria francesa apareció en la puerta, corriendo como si la persiguieran, pálida, descompuesta, apretando el falderillo contra su corazón, y exclamó con voz entrecortada.

—¡Los zepelines!

Se apoderó de todos el pánico. ¿Qué hacer? ¿Por dónde huir? ¿Cómo escapar? Todos chillaban corriendo de un lado para otro, sin saber dónde estaba el peligro. De la calle llegaba el ruido sonoro de las trompetas de los bomberos, y todos creían sentir como el runruneo de las alas de un abejorro gigantesco cerniéndose sobre la ciudad, no bastante oscura para que no la denunciase á los piratas del aire el resplandor de sus luces.

Lloraban los niños asustados, engargándose á los padres y á las hermanas mayores, gritaban todos, huían de un lado para otro, como acorralados, sin saber por dónde escapar.

—Sacad las botellas contra los gases asfixiantes—exclamó uno, corriendo hacia el armario en donde se guardaba aquella defensa.

—Colocarse bajo las paredes maestras—ordenó otro.

—Apagad las luces.

Al fin, la voz del padre se dejó oir:

—A la cueva.

Ya tenían preparadas en la cueva sillas, bujías, agua, mantas y hasta un pico para si los sepultaban las ruinas de la casa. Se precipitaron todos escalera abajo, en tropel y parecieron respirar en salvo cuando se vieron en aquel albergue subterráneo, como si sólo en las entrañas de la tierra pudieran hallar defensa. Hasta allí llegaba el clamor metálico de las trompetas que daban la voz de alarma al vecindario.

II

LOS CIEN MIL

Entre la gente que esperaba en la estación la llegada de los repatriados estaban Adela y Matilde. Habían pasado toda la noche en la cueva, presas de tal terror, que no habían distinguido de la señal de alarma el otro toque que anunciaba haber pasado ya el peligro. Fué preciso que la portera llegase á avisarles para que se atrevieran á salir de allí. Una vez tranquilos, habían empezado las bromas, en las que todos reían de su pánico y del pánico de los otros. Aquellos sustos eran frecuentes, y los que no tenían cuevas protectoras se resignaban á esperar en la suerte, como si se tratase de una nube que pudiese dejar caer sobre ellos el rayo.

El tren de los repatriados venía con retraso y la multitud se impacientaba. Había allí quien esperaba deudos, personas amadas, y aquella hora de espera producía una inquietud superior á la que experimentaron en los largos meses sin esperanza. ¿Por qué no hacía uso el tren de esa facultad que se supone en los trenes de ganar el tiempo perdido? La animación de toda aquella gente decaía con el cansancio de esperar. El andén estaba ocupado por los individuos de la Cruz Roja (que esta vez no iba á asistir heridos, pero que haría uso de esa regia prerrogativa de consuelo que hay en ella, y que sabe usar con tanta esplendidez), por las autoridades militares y civiles y por las Corporaciones de beneficencia. La multitud ocupaba toda la estación y los alrededores. Ahora esta *Gare de Lyon* y la *Gare d'Este* eran las mensajeras de dolor y duelo, las que se llevaban más soldados, las que devolvían á París mayor número de heridos y de enfermos. Aquella multitud estaba compuesta por individuos de todas las clases sociales, y parecía haber en todos un deseo de comunicarse su cuita, la mayor parte esperaban á personas allegadas, que dudaban si habían de llegar. Reinaba un desaliento, una incertidumbre que aumentó al dar la señal de que el tren salía de la estación más próxima. Hubo como un movimiento de oleaje en la multitud.

—Yo — decía una señora — no espero á nadie de mi familia, pero si hay quien no tenga albergue me lo llevaré á mi casa.

—Lo mismo me sucede á mí—respondió otra.—Estoy sola. Mi único hijo está en las trincheras.

—Yo tengo cinco pequeñines, pero me puedo encargar de otro más.

Los movía á todos una caridad ardiente, acendrada, esa inagotable caridad pública de la Francia, tan unida en el socorro y el esfuerzo.

Acababa de entrar el tren. Iba atestado de gente, que se apelotonaba en las ventanillas, como si quisiese salir por ellas, con el ansia de ver á los que deseaban encontrar. Semblantes pálidos, expresiones fatigadas y dolorosas y, destacándose entre todos, las tocas blancas de las monjas que esta vez no iban allí ejerciendo su ministerio de dulcificar tristezas, sino con la necesidad de ser ellas asistidas.

Cuando salieron del andén los repatriados, para mezclarse con el público, se escuchó un rumor de voces ensordecedoras. Se buscaban todos, unos á otros, se llamaban, no se veían... Cuando tenía lugar un encuentro, resonaban gritos, sollozos, besos... Algo indescriptible.

Las autoridades hacían esfuerzos para lograr que todos entraran en el lugar donde se les había preparado el refrigerio, pero todos tenían prisa de irse, de escapar de allí; los más para descansar con sus familias; los otros para seguir su viaje á otras ciudades.

Los que no encontraban á los suyos pedían noticias, angustiados.

—Es usted de...

—Sí.

—Conocía á Juan Creus?

Unas veces la respuesta era negativa; otras, consoladora, y algunas, terrible en su laconismo.

—Viene en el segundo convoy.

—Ha muerto.

—Desapareció.

—Lo internaron.

Todo se volvían relatos patéticos, imprecaciones y maldiciones.

Poco á poco la multitud se fué retirando. Salieron en los coches dispuestos de antemano los que tenían que continuar su viaje, y los otros partían con sus familias ó sus protectores. No quedaba nada que hacer á las sociedades filantrópicas. Aquel público admirable lo hacía todo.

Cada persona dejaba inscripta su dirección para las reclamaciones probables.

Adela y Matilde se acercaron á una mujer joven.

—¿Tiene usted familia?

—No.

—¿Nadie la espera?

—Nadie...

—Si quiere usted aceptar un puesto en nuestra casa...

—Gracias... no quiero ser gravosa á nadie... puedo sostenerme un poco tiempo... y luego espero ser admitida como enfermera... No tengo aliciente en la vida.

Hablaba en voz baja, cansada, como si algo la oprimiese el pecho.

Matilde, insistió:

—Nos daría usted tanto placer aceptando... Está usted enferma, triste... seríamos para usted unas hermanas.

Ella se conmovió, como el que no está acostumbrado á la dulzura, y el volver á hallarla le trae como un eco lejano, el recuerdo de mejores días. Vacilaba.

—Decídase usted—añadió Adela.

Los ojos de la desconocida se humedecieron.

—Vamos... si ustedes lo desean... se lo agradezco.

Entraron en la oficina para consignar la dirección.

—Angelina Maurice...—dijo la joven — soltera... veinticuatro años... natural de...

—Rue de Rennes, 287—añadió Matilde.

Se disponían á marchar, una vez llena esta formalidad, cuando una dama joven, pequeña, delicada, de tez lechosa y deliciosos ojos verdes le salió al paso.

—Perdón, señoras... la señora Maurice.

La joven miró sorprendida á la que la buscaba.

—¿Blanca Maurice?—repitió la dama.

—Es mi hermana.

—¿Ha venido?

—No. La pobre se ha quedado allí... quizás para siempre.

—¡Pero es posible!

—Sí, señora... ¿Podría saber quién se interesa por ella?

—Soy Luciana Dagobert, la madrina de su esposo...

Matilde y Adela miraban con interés á la bella actriz, tan célebre y amada del público, cuyas obras de caridad eran inagotables desde el principio de la guerra.

—Ya sabrá usted que mi cuñado murió, señora—dijo Angelina.

—Es un error, su cuñado, Alfredo Ferranz, vive.

—¿Cómo? ¿Es posible?

—Sí... ha estado muy grave... lo está aún. Se portó como un héroe en el ataque en que se le creyó muerto.

—Yo estoy aturdida. De modo que Alfredo...

—Está en el hospital.

—¿Y podré verlo?

—Seguramente.

—Pero si las noticias que llegaron de su muerte eran oficiales... se había encontrado su medalla de identidad.

—Voló con su brazo á muchos metros de su cuerpo. No es el único caso. Para que esas medallas, de desposorios con la vida, no engañasen sería menester llevarlas colgadas del cuello, como hacen *los otros*.

Angelina lloraba en silencio. Su desconsuelo sorprendió á Luciana.

—¿Pero qué tiene usted?—preguntó.—¿Qué le sucede? No comprendo.

—Es terrible, señora, es terrible... Mi hermana... mi pobre hermana lo cree muerto... No hay medio de hacerle saber la verdad.

—Ya lo encontraremos—exclamó con decisión la artista—y entonces su alegría será aún mayor... la compensará de sus amarguras...

—¿Pero y si la noticia llega demasiado tarde?

—¿Qué quiere usted decir?

—Mi hermana se cree viuda, señora, es joven, está sola...

—¡Dios mío!... Sería una desgracia horrible para ese pobre Alfredo, tan bueno, tan amante...

—Aún podría evitarse...

—Lo evitaremos. Ahora lo principal es que usted descanse. Señoras—añadió, volviéndose hacia Adela y Matilde—yo espero que ustedes me cederán el honor de hospedar en mi casa á la señorita Maurice... tengo un derecho de familia... la madrina de su cuñado...

—Y el ser usted, señora — interrumpió Matilde.—Aunque cedemos con sentimiento.

—Mil gracias. Yo espero que nos veremos. ¿Me prometen venir á verme? Mañana mismo, ¿sí?

Se apoderó de Angelina con apresuramiento, con una solicitud tierna y maternal, y le hizo entrar en su coche, mientras saludaba á sus nuevas amigas, repitiendo.

—Hasta mañana... No falten.

Se había establecido entre las cuatro mujeres una corriente de simpatía, una de esas amistades fervorosas que las unían tan fácilmente desde el comienzo de la guerra.

**

III

HÉROES Y EMBOSCADOS

Luciana, la actriz de moda, tan admirada por su belleza y el lujo de sus trenes, era en la intimidad una deliciosa muñequita seria, muy enamorada de su marido y siempre preocupada con su amor y su arte.

En los primeros días de la guerra el Sr. Dagoberto había estado en el frente, donde, por fortuna, no había perdido más que una pierna, viéndose libre de nuevos peligros, gracias á su condición de *reformé*. y contento al ver cuánto había ganado en el corazón de su mujer, á causa de aquella desgracia. Ella se sentía feliz con ver en el pecho de su esposo las cintas de la Legión de Honor y del Mérito Militar, que creía de más valor que su pierna. El, sonreía, y aunque, quizás en el fondo, no estaba del todo conforme con esta apreciación y solía decir:

—La verdad es que daría la otra pierna por conseguir la felicidad que me proporciona la piedad de mi esposa.

A ella le parecía que era como una gala más, algo añadido á su gloria aquella mutilación de su esposo. Casi no estaba bien un hombre demasiado completo entre aquella multitud de cojos, mancos, ciegos, tuertos y desfigurados que se veían por las calles. Le parecía que para amar á un hombre era ya menester que fuese así, mutilado y vestido con aquel uniforme azul, aquel azul, color de victoria, color del cielo de la Francia, que vestían todos los soldados.

Para hacerse digna de su esposo ella se empleaba en obras benéficas, que habían acrecentado su fama, y le habían valido una condecoración.

Aquella tarde, sentada entre sus nuevas amigas, en el silencio de su gabinete, cambiaban sus confidencias. Luciana les contaba cómo había llegado á conocer á su ahijado.

Recibía muchas cartas de soldados que le demandaban que fuese su madrina. Aquella institución maternal, que daba familia á los pobres soldados encantaba á Luciana. Una de aquellas cartas la conmovió tanto, que escribió al capitán de la Compañía pidiéndole informes. La respuesta fué desilusionadora:

"Ese soldado lleva apenas tres meses en el frente y ha sufrido varias condenas por insubordinación. Es hombre de malos antecedentes y muy aficionado al alcohol."

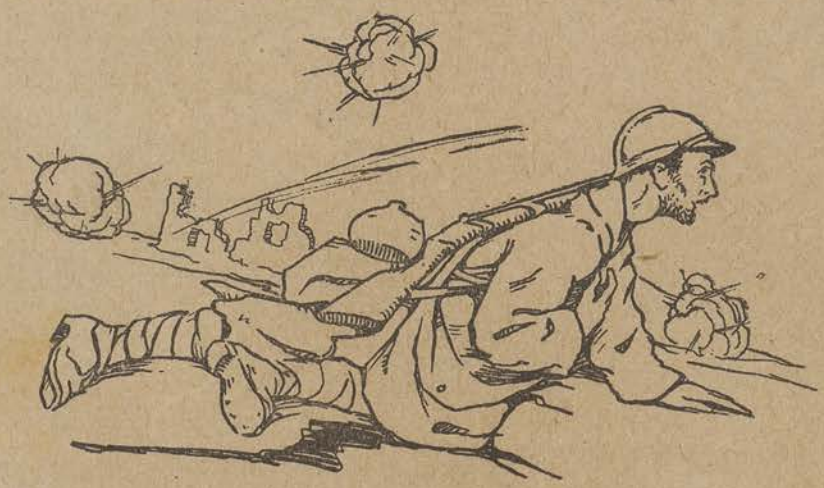
Pero, después añadía:

"Si usted quiere ejercer su caridad con alguien digno de ella, no hay quien la merezca tanto como Alfredo Ferranz. Lleva aquí treinta meses, y en ese tiempo no ha recibido ni una sola carta. Dejó á su esposa, recién casada, en país invadido, y no ha vuelto á tener noticias de nadie de su familia. Ha rechazado todos los permisos y siempre pide los puestos más peligrosos, siendo modelo de probidad y de honradez."

Luciana escribió á aquel soldado, y una carta llena de emoción y agradeçimiento no se hizo esperar. El le hablaba de su desesperación, de su desgracia, de su familia. Había dejado á sus padres y su esposa, próxima á ser madre, y no sabía nada de ella. No se atrevía á pensar en su suerte, al saber que vivía entre los invasores, y á veces no se atrevía á desear que viviese. Había tratado de comunicarse con su familia muchas veces. pero todo había sido en vano.

Luciana sintió una gran simpatía por Alfredo, se interesó profundamente por su desgracia y le escribía casi diariamente; lo consolaba, le enviaba, pródiga, ropas de lana, conservas, alcohol, libros. Alfredo era un hombre bien educado, abogado, hijo de una familia distinguida. A pesar de su insistencia, no había querido aceptar ningún permiso. Se creía quizás menos solo, menos desgraciado en las trincheras, en las líneas de fuego, entre el estruendo de las batallas, que lo hubiera sido con su apariencia de libertad y de vida civil.

Ella sintió una pena verdadera, un dolor agudo con la noticia de la muerte de su ahijado. En uno de los combates se había encontrado, entre restos y cadáveres horriblemente mutilados, la medalla, que ella llamaba, con frase pintoresca, "del desposorio con la vida". Aquella medalla sujeta al brazo de los soldados, en cuyo anverso constaba su nombre y apellido, el lugar de su nacimiento y su edad, y en el reverso, el batallón á que pertenecían.



Por fortuna, el error se había deshecho, había ido á parar á uno de los hospitales de sangre, entre otros muchos heridos, algunos de los cuales era imposible identificar.

Luciana acudió á su marido. Dagobert no estaba menos interesado que ella por el joven, al que llamaba cariñosamente *nuestro ahijado*. En cuan-

to pudo ser trasladado, consiguieron traerlo á París. Desgraciadamente las heridas eran graves. La metralla se había llevado el brazo, la nariz y parte de la mandíbula, interesándole el pecho seriamente; pero Alfredo adelantaba en su curación. Los médicos reconocían que su mejor medicina era el cariño de Luciana. Ella le infundía la voluntad de vivir, hablándole de su familia, evocándole los días de una ventura que había de volver, prometiéndosela. La esperanza de Alfredo en que su madrina conseguiría reunirlo con su esposa lo alentaba y le daba fuerzas.

—¿No sería mejor morir?—le dijo un día.—¿No seré un objeto de horror para Blanca?

Ella, que aún no le había visto sin vendajes, sintió la posibilidad de aquel peligro.

—Cuando se ama...—repuso—eso no tiene importancia.—Piense usted que fuese ella la mutilada.

—Es que yo la amo como no ama nadie en el mundo—repuso él.

—Ese es un egoísmo, amigo mío. Tengo entendido que su esposa lo adora.

—Es verdad... pero... á pesar nuestro... contra el corazón... contra la voluntad... Es tan importante la belleza... la forma. A mí mismo me da miedo de poder mirarme al espejo y ver mis huesos... mi rostro sin nariz. Debo tener una mueca horrible... macabra.

—No piense eso. Además, la cirugía está haciendo prodigios. Maravillas. Se construyen brazos y piernas articuladas... ojos de cristal unidos á los nervios motores para obtener el movimiento... se hacen rostros nuevos, se injertan mandíbulas...

—Pero...

—No se preocupe. Vendrán los maestros más notables y usted saldrá del hospital como antes de su herida.

Ella, por amor á su ahijado, había tratado de averiguar el paradero de su familia, y al saber que venía en el convoy de repatriados una señorita Maurice, había creído que pudiera ser la esposa. Sin embargo, no le había dicho nada, no quiso hacerle concebir una esperanza falsa. Además, ella se proponía no dejar que se viese el matrimonio hasta la completa curación de Alfredo; los doctores le aseguraban que no quedaría ninguna señal en su rostro de la terrible herida, pues se le iba á colocar una mandíbula perfecta y hacerle un injerto en la nariz. Ella, con su espíritu de artista, sabía apreciar todas aquellas exquisiteces, y se proponía, no sólo reunir al matrimonio, sino velar por su felicidad.

—¡Qué buena es usted, señora!—decía Angelina, conmovida.

—No... no es ser buena, es ser justa con todos esos hombres que me parecen santos que ya han sufrido su martirio, pues gracias á ellos conservamos nuestros hogares y nuestra patria. Es una deuda que nunca les podremos pagar.

Durante aquellas conversaciones Matilde sufría terriblemente. Ella era española, mejor dicho, hija de españoles, que vivían desde antes de su nacimiento en Francia; allí había nacido ella, y allí se había casado. Su esposo era un francés, al que Matilde adoraba, y cuando se declaró la guerra, no tuvo valor para verlo marchar al combate. Estaban en un viaje de recreo por España y había empleado todo su amor, toda su influencia, toda su persuasión para obligarle á quedarse allí. Mientras estuvo en España, no había visto la fealdad de aquel acto de deserción á la patria. Parecía que los Pirineos eran una muralla acolchada contra la cual se estrellaba el estruendo de la guerra. España estaba pletórica de un espíritu prudente, casi egoísta, en su deseo de paz y bienestar. Era como una reacción de un pueblo crédulo, del que se había abusado mucho, al que se había engañado mucho y ya no fiaba en sus directores para lanzarse en ninguna empresa, y prefería que lo dejasen dormir y bostezar.

Su deseo era librar á su Raul de todos aquellos peligros. Le parecía una estupidez luchar contra los que no le habían causado un daño personal y directo. Todos los soldados, de uno y otro bando, eran gentes infelices, llevados al matadero por las ambiciones de los grandes, disfrazados con la máscara pomposa de *Razón de Estado* ó de *Causa de la Civilización*. Mujer apasionada, todo su mundo era su marido, su Raul, tan rubio, tan blanco, tan delicado que no podría soportar ni un solo día, sin morir, la vida dura del soldado. Disculpaba hasta las crueldades que contaban de los otros. ¿No era la embriaguez de la guerra que cambiaba á los hombres en bestias? ¿Podría nadie conjeturar el cambio que experimentan esos hombres que ven tan de cerca la muerte y se sienten envueltos en todos los horrores de la carnicería? Era imprudente acusarlos en un medio que desconocían.

Raul cedió á sus ruegos y se quedó en España mientras ella iba á terminar sus asuntos para abandonar definitivamente la Francia; pero desde su llegada á París sus sentimientos habían cambiado. La ganaba el amor á Francia, á la Francia esforzada, noble, que improvisaba todos sus medios de defensa, que desplegaba aquel espíritu altísimo de reacción contra los males de la guerra. Conocía ahora á la verdadera Francia, que había confundido con el frívolo París de otros días. Ahora, París mismo se regeneraba, dejaba ver el fondo admirable, espiritual de su carácter. El espíritu de sacrificio era igual para todos, eran todos héroes; sentía vergüenza de que su marido fuese un emboscado. Allí comprendía ya la razón de la guerra, sentía el odio al invasor, su corazón palpitaba al unísono con el gran corazón de la Francia. Pretextando ocupaciones prolongaba su estancia en París, trabajaba en los Comités de damas, exponía su dinero, como si con su capital y su esfuerzo quisiera pagar aquella deuda desconocida por su marido. Sentía desvanecerse en un desprecio injusto el amor por su bello Raul, cualquiera de aquellos mutilados lo merecía mejor que él. Cada vez que le hablaban de él tenía que repetir su mentira:

—*Reformé* y enfermo en España.

IV

¡ERA UN BOCHE!

Había una cosa que, aunque en los primeros momentos no les llamó la atención, había acabado por impresionar á las tres amigas. Angelina no hablaba nunca de su patria, ni de su familia, ni de su hermana. No mostraba deseos de ver á su cuñado, más bien parecía temer aquella entrevista, y rehuía las preguntas, llenas de interés, de Luciana.

Estaba siempre triste, preocupada, como bajo el peso de algún pensamiento que la atormentaba. Muy bella, morena, delgada, de ojos grandes, negros, rasgados, llenos de sombras y de ensueño, tenía un cuerpo alto, esbelto, que daba una impresión de frágil y quebradizo. Su misma fragilidad la hacía más interesante, despertaba más profundamente el cariño de sus amigas, que no acertaban á conjeturar lo que pasaba en su alma. Ya, varias veces había mostrado su deseo de entrar de enfermera en un hospital, pero Luciana le decía siempre:

—Está usted demasiado débil y delicada y necesita que la cuiden, en vez de pensar en cuidar á los otros.

Aquella tarde, como ella insistía, añadió:

—No... yo deseo que esté usted con nosotros hasta... vamos... no quería comunicárselo, pero veo que no puedo guardar el secreto... hasta la llegada de su hermana.

—¡De mi hermana! ¿Va á venir Blanca?

—Yo así lo espero. Me he dirigido á la Embajada de España... Ya sabe usted el hermoso papel de mediadora que representa esa nación.

—¿Y ha pedido usted que venga Blanca?

—Sí...

—Ella cree muerto á su marido y tal vez no quiera venir. Al principio, las dos trabajábamos con fe para reunir dinero para el viaje... Después de saber la muerte de Alfredo, ella decidió quedarse... Me cedió su parte de ahorros para que yo viniera.

—Me asusta lo que usted dice. El otro día, cuando me habló de la situación de su hermana pensé que se refería á generalidades... cosas probables... ahora entreveo... No sé... ¿Acaso el corazón de Blanca? ¡Sería espantoso!

—Yo nada sé... nada...

—He hecho gestiones para que sepa que Alfredo vive.

—Entonces, no lo dude usted, Blanca cumplirá su deber.

—Además—añadió Luciana—he hecho que se le envíe dinero para que pueda trasladarse á París con sus suegros y su hijo...

—Su suegro no vive.

—¿Cómo?

—Lo internaron... no quiso someterse... intentó escapar y murió en uno de esos fusilamientos en masa que son allí tan frecuentes.

—¡Pobre Alfredo!—exclamó Luciana.—¡Qué terribles dolores le aguardan aún!

—Y el niño—siguió Angelina, como si el recordar y el hablar de los suyos le costase un penoso esfuerzo—el niño murió también.

Las tres amigas tenían lágrimas en los ojos.

—Pero — añadió la joven — esto ha sido un bien... el pobre niño había sido víctima de una maldad, tan horrible, que es mejor que haya muerto.

—¡Cómo!

—Yo no quería hablar de nada de esto... ya lo habrán notado... Salí de allí como huyendo de mi misma... de mi destino... de mi fatalidad. Para olvidarlo todo.

Había tanto dolor en su voz, tan profundo desaliento, que las otras tuvieron miedo.

—No nos diga nada—atajó Luciana.

—Nada queremos saber—añadió Adela.

—No... ya es preciso que lo diga todo. Tal vez diciéndolo será menos horrible, ó por lo menos no sufriré yo sola todo su peso... ¿Verdad?

—Puede confiar en nosotras.

—En aquellos terribles momentos de angustia, de muerte, de destrucción, cada una huímos por nuestro lado, solas y locas de dolor... Blanca había ido á refugiarse con su suegra en casa de unos holandeses amigos nuestros... Yo no la encontré hasta muchos días después... En ese tiempo, el susto apresuró su alumbramiento y estuvo tan grave... tan grave, que creían que iba á morir. Por fortuna aquella familia gozaba de gran predicamento con los invasores y un médico alemán consintió en asistirla... Cuando Blanca vió á su hijo en sus brazos, tuvo un momento de felicidad y de ternura tan grandes, que dió las gracias con efusión á aquel hombre de barbas rubias que sonreía sarcásticamente. Me parece estarlo viendo. "No tiene usted que agradecerme nada, señora" y como mi hermana insistía, añadió: "Yo me he cobrado ya. Sé cómo hay que tratar á estos cachorrillos franceses... su hijo está ciego".

Las tres exhalaron un grito de horror, pero Angelina, sin prestarles atención, siguió hablando, siguiendo el curso de sus recuerdos.

—Sí... esos hombres son unos infames... por eso yo no podía soportarlos... yo no podía darle vida... yo no podía amamantarlo... no... no podía.

—¿Pero qué dice usted?

—¿Delira?

—No... es que yo... ¿saben?... En aquellos momentos primeros me refugié en un desván de nuestra casa, entre unas esteras, y allí me encontraron... me sacaron arrastrando... ¡Los miserables...! ¡Más me valiera haber muerto!

Las mujeres alentaban apenas.

—Yo quise librarme de aquello... de aquella basura... de aquella vergüenza que había quedado en mí... Quise abortarlo y no pude... no tuve otro medio de librarme de él... hasta que lo vi... lo ahogué al nacer.

—¡Dios mío!...

—¡Jesús!...

—¡Es posible!

Siguió un momento de silencio.

—¡Pero mató usted á su hijo!—exclamó al fin Matilde, como si necesitase la certeza de lo que había oído.

—No... no fué á mi hijo... Era un Boche.

Sus ojos dulces miraban con dureza, sus músculos se habían contraído, su cuerpo tan débil y delgado se había erguido con dureza de látigo y en su voz vibraba un acento de odio.

—Yo no podía tener ese oprobio á mi lado—silbó.

—Pero, criatura—exclamó Adela con su alma de madraza sintiendo sobreponerse á todo su instinto, casi animal, de madre.—¿Por qué no haberlo depositado en el hospicio?

—No... La mala sangre no se debe mezclar arteramente con la noble sangre francesa...

Las otras guardaron silencio espantadas. Ni Luciana ni Matilde, que tanto ambicionaban la maternidad, ni Adela, que adoraba á sus hijos, podían aprobar aquel crimen que tantas pobres mujeres, enloquecidas por la ofensa y el odio, habían cometido en sus propios hijos. Para ellas *un hijo* era siempre *su hijo,* sin contar con el padre.

—No podía hacer otra cosa... no... y no me pesa. ¡Era un Boche!—repetía ella.

Pero aquella mirada triste de sus amigas que parecía acusarla, la exasperó.

—Por caridad no me miréis así...—gritó,—no me recriminéis... no me digáis que un hijo de nuestra entraña es siempre un hijo... No.. vosotras no sabéis lo que es esta dominación. No sabéis cómo nos pisotean, como nos vejan... No, no, vosotras no sabéis cómo se engendra el odio.

V

LOS HOMBRES TRONCOS

La situación de Luciana después de la revelación de Angelina, era en extremo violenta. Cada vez que veía á Alfredo y éste se le aparecía tan lleno de esperanza, sentía un gran malestar. ¿Cómo ser leal con su ahijado? No sabía qué hacer, de qué medio valerse para que la noticia de su existencia llegase á Blanca, á aquella mujer tan amada, con la urgencia que las palabras de la hermana le hacían preveer. En realidad, tanto valía la infidelidad cometida con el muerto, como con el vivo. En su culto al heroísmo, en su amor exaltado por Dagobert, Luciana pensaba que los héroes tenían derecho á un culto fervoroso, jamás enfriado; concebía que la mujer del héroe fuese quemada en la pira funeraria del caudillo, y sentía desvanecerse su simpatía por Blanca; pero deseaba tanto salvar de la desesperación á su ahijado, devolverle la esposa y la madre anciana, que no cejaba en su empeño.

Pensaba con dolor en cuántos casos habría semejantes. Cuántos hombres que desearían, al volver, haber muerto en una trinchera. Eran muchos los que se creían muertos y estaban prisioneros; los que á su regreso habían de encontrar otro hogar reedificado sobre las cenizas del suyo. ¿En aquel caso no estaría ya el corazón de Blanca, solicitada entre dos amores? ¿Podría volver á su felicidad sencilla?

Era numeroso el ejemplo de las casadas que se consolaban de la ausencia de sus maridos. Ella conocía á muchas de las meritorias de su teatro, de las proveedoras, de las que estaban desoladas en los primeros días y que se iban poco á poco acostumbrando á su soledad y volviendo á la risa y á la alegría. Muchas mujeres no volverían á aceptar el yugo del marido borracho ó tirano porque habían visto que solas podían ganar su vida, que no necesitaban de él.

Era, en verdad, lastimoso el ejemplo de las pobres mujeres, ocupadas en todos los oficios de fuerza propios de los hombres. ¿Constituía aquello una liberación ó era por el contrario, el mayor signo de esclavitud? ¿Qué generación se preparaba de aquellas mujeres agotadas por un trabajo para el que no estaba preparado su organismo, y aquellos hombres que venían enfermos, mutilados, débiles como niños?

Cuánta abnegación en las almas de las mujeres á las que la guerra les devolvía aquel despojo de hombre en lugar del marido fuerte y lozano que les arrebató. Hombres terriblemente mutilados, ciegos, mancos. ¡Hasta aquellos lamentables *hombres troncos,* que no tenían ni piernas ni brazos, y algunos estaban además ciegos y mudos. ¿Eran hombres siquiera? ¿Eran aún seres humanos como los otros? Se sabía que pensaban por los signos de dolor, sin que pudieran manifestar su pensamiento. Debían estar aniquilados, embrutecidos. ¿No sería más piadoso matarlos? El vulgo contaba aquella conseja del padre que celebró con un banquete la llegada del tronco vivo de su hijo único, y al despedirse los invitados, lo mató de un tiro y se suicidó después. Si no era un hecho, era una deducción lógica de la desesperación y los sentimientos que aquellos troncos debían inspirar.

En ocasiones no podían reconocerse siquiera aquellos troncos. Habían volado, como alas, lejos de ellos, los brazos arrancados por la metralla. Las medallas para reconocerlos iban con ellos. ¿Cómo se reconocería aquel tronco con el rostro mutilado, sin medios de expresión?

Después de la terrible revelación de aquella tarde, no se había obstinado en retener á Angelina. La joven había entrado de enfermera en uno de aquellos hospitales de sangre más importantes, donde se distinguía por su celo en el cuidado de los heridos. Para los que estaban en el secreto de todo lo doloroso que había en aquella abnegación, se hacía aún más conmovedora. Era como un deseo de espiar, cuidando á los otros, el crimen

que había cometido con una penitencia dura y penosa.

Luciana había ocultado á Alfredo la llegada de Angelina, quería evitar que una palabra imprudente le apuñalara y le causara la muerte.

Aquel asunto era para ella una obsesión que no la dejaba reposo, y Dagobert, que secundaba en todo á su esposa, solía decir cariñosamente:

—Yo he perdido una pierna en la guerra, pero mi mujer ha perdido la cabeza. Si esto dura mucho tiempo, tendremos que pedir limosna. Luciana llega á la locura de la caridad.

VI

HOSPITAL DE CIEGOS

Blanca y la anciana madre de Alfredo, se habían instalado en la casa de Dagobert.

La pobre vieja, medio atontada por el terror y las privaciones, apenas se daba cuenta de lo que sucedía. Sólo Blanca llevaba sobre ella el peso de toda la tragedia, la tragedia de su familia, de su pueblo, la suya propia.

Se había casado niña, enamorada, con ese enamoramiento inconsistente de la primera juventud, y antes de despertar de su impresión el estallido de la guerra había devastado su hogar... Se habían sucedido las desgracias en una pesadilla fatigosa... La ida del marido, la invasión de su pueblo... Las escenas desgarradoras de abusos, asesinatos y destrucción. Las amigas vejadas... la hermana parricida... el suegro muerto... en ruinas su casa... arrasado su pueblo... derruída aquella iglesia qué la cobijó de niña, con los santos rotos, los Cristos hechos pedazos, las Dolorosas desgarradas, dando idea de un pueblo de heridos divinos que no podían pedir auxilio porque la campana yacía medio enterrada entre los escombros. A veces al pasar, veía un dedo, un ojo, un pedazo de cara de aquellas imágenes rotas que parecían implorar la piedad y la atraían como reliquias que no se atrevían á coger. Hasta el cementerio estaba cubierto de cascotes y de metralla, con las tumbas rotas, los huesos esparcidos, cruces, epitafios y coronas hechas pedazos, como si la furia de los vivos, no contenta en su destrucción, quisiese también matar á los muertos.

En medio de todo aquello, los dolores de la maternidad, el horror del niño ciego, la tristeza de aquella breve vida de dolor y la desolación de su muerte. Sobre todo aquello, sobre las privaciones, el miedo y la miseria, vino el crimen de su hermana y la separación, que tenía algo de huída, como si la parricida quisiese escapar á su destino, á su recuerdo, á su fatalidad. Se encontró tan sola, tan abandonada, tan abatida, que experimentó una dulzura extraña en aquel amor protector y respetuoso que le ofrecía Guillermo. Este gozaba de un gran predicamento entre los invasores. Se decía que éstos sabían respetar á los que por sus cualidades excepcionales eran insustituíbles, y Guillermo, en su calidad de holandés, conservaba una situación neutral y ventajosa. Gracias á él, Blanca había sido respetada y su suegra y su hijo no se habían muerto de hambre. Quería engañarse, pensando que lo que experimentaba por Guillermo era sólo una simpatía hija del agradecimiento, pero la verdad era que le interesaba vivamente aquel hombre joven, guapo, inteligente, tan respetuoso y tan rendido. Blanca quería disculpar su ingratitud para con el marido muerto, diciéndose que era una deuda del mismo Alfredo lo que tenía que pagar por la protección que aquel hombre había prestado á su madre. Así, con la noticia de que Alfredo vivía no pudo experimentar una alegría verdadera. Cuando comunicó la nueva á Guillermo, él se quedó pálido, mudo... y luego le había preguntado con voz temblorosa:

—¿Me dejarás?

Ella no había contestado nada, pero sus ojos le habían dicho que no. Al recibir su pase, la viejecita lloraba de alegría.

—¿Saldremos en el primer tren, Blanca?

Ella tampoco contestó, pero su actitud resignada había dicho que sí.

Y en el primer tren partieron, sin haber vuelto á ver á Guillermo, con el alma destrozada, pero fuerte y valerosa en el cumplimiento de su deber.

Así que le dijeron que su marido estaba en un hospital de Marsella, ella rogó que la dejasen ir en su busca. Su ruego, que parecía hijo de la pasión, era en el fondo prisa de buscar en él como un seguro, un refugio, una protección contra su corazón mismo. Le parecía que amaba menos á su marido porque no lo recordaba bien; que la precipitación de tantos sucesos, tan graves, había hecho más largo el tiempo, y que así que lo viese, todo volvería á su mismo estado.

Luciana se opuso al viaje.

—Alfredo ha estado muy grave—dijo—una impresión así podría serle peligrosa. Es mejor esperar que venga completamente restablecido—y luego había añadido sonriendo:—El será feliz, y usted acabará por serlo...

—Yo...

—No proteste. ¿Qué mujer no ha tenido un momento de desaliento en su corazón? Esa flaqueza que no suele conocer nadie, quedará como un secreto entre Angelina, usted y yo.

Al encontrarse frente á frente las dos hermanas, habían prorrumpido en sollozos. Cada una de ellas era el recuerdo de la falta de la otra; pero las dos se abrazaron tan estrechamente, que en aquella presión se habían jurado el secreto.

Angelina estaba cada día más bella, la embellecía su adelgazamiento, su demacración, que tomaba algo de inmaterial entre el albor de las tocas blancas. Ella, como todas las enfermeras, cuidaba de su toilette con ese buen gusto que la mujer francesa tiene para el tocado, y que llega á constituir una pasión. Al ver las enfermeras con las uñas miniadas, los labios pintados, la cara cubierta de *fard* y la blancura coqueta de sus tocas, nadie hubiera creído que desempeñasen faenas tan duras, tan repugnantes, para las que se necesitaba una fuerza de voluntad y de abnegación sorprendentes. Verdaderas religiosas laicas de la piedad humana, ellas desempeñaban su sacerdocio de una manera amable, hasta risueña, que lo hacía más precioso, y que había obligado á exclamar á una fanática dama extranjera, en cuyo país sólo se practicaba la caridad con toscos sayales de monja:

—¡Trabajan como si estuviesen sucias!

Y era el más lamentable de todos aquel hospital de ciegos donde Angelina había hecho su solemne y sencilla profesión, cursando la carrera de practicante para poder desempeñar su cometido, puesto que la caridad por sí sola no era bastante para saber poner un vendaje ni cuidar á un enfermo y para ayudar á la obra de la ciencia como un precioso auxiliar.

Blanca iba todos los días como otras muchas damas francesas, á buscar á los convalecientes para llevarlos de paseo. Eran ellos los más mimados, los más agasajados de todos los heridos. Todos se esforzaban por mejorar su suerte, por serles agradables, como si todos en el fondo se creyesen algo culpables de su ceguera y quisieran mitigar lo doloroso de su oscuridad perpetua. Matilde, Adela y sus hijas, eran de las más asíduas en llevar á pasear á los ciegos por las tardes y á veces los acompañaban Luna y Celeste, que distraían á los pobres ciegos con canciones y recitados de su país. Sólo la anticuaria no se preocupaba de ellos, demasiado ocupada en tener que pasear su faldero y en dejar escaparse toda la caridad de su alma por la válvula de su poesía.

Los convalecientes causaban aún más pena, porque se aparecían como más incurables que los otros, más definitivamente ciegos.

Ninguno hablaba ya de su desdicha; en los primeros instantes hicieron todos su confesión, creyeron unos que se habían roto sus pupilas como granos de uva aplastados sin piedad, otros que se les habían quebrado como ampollas de cristal llenas de un líquido caliente. Porque todos relacionaban con una sensación de calor ardiente el primer momento de su ceguera. Ninguno se había creído ciego, sino á oscuras y rogaban les encendiesen la luz. Pero la luz no debía encenderse para ellos nunca.

Algunos habían aprendido á leer esos libros voluminosos escritos con caracteres de Braille y á escribir con la pauta y el punzón, y otros, de un modo paciente, hacían labores de hilo ó de cuentas, con un placer que hacía pensar que experimentaban el gozo de ver mediante las representaciones del tacto.

Al contemplar aquellos millares de hombres sin ojos, con las cuencas hundidas, los párpados marchitos, retorcidos, con la mueca grotesca que se imprimía en sus rostros, Blanca pensaba en su marido.

—¿No está ciego, verdad?—Se atrevió á preguntar un día á su protectora.—Es sólo el brazo.

—No, por fortuna... conserva la vista.

—No sabe usted lo que es la contemplación de un ciego. Mi hijo me daba la impresión, no de que él no me veía á mí, sino de que yo no podía verlo á él. El alma se asoma á los ojos... no podía verle el alma.

Luciana la acarició cariñosa.

—Y luego... parecía que estaba lejos... Los ciegos se van lejos. ¿No ve usted cómo se quedan en silencio, con el cuello tendido, escuchando algo que nosotros no oímos?

—No es eso. Es que buscan su propio espíritu allá en las profundidades donde se ha sumergido, porque no puede asomarse á los ojos.

—A mí me dan miedo.

—Pobres. Son más bien dignos de compasión, su ceguera los inferioriza, obligándolos á depender de los que ven.

—Pero parece que son de otra raza distinta, y que los hijos que nazcan de ellos serán ciegos también. Confieso que los ciegos son para mí una obsesión, que usted comprenderá fácilmente sabiendo la desdicha de mi hijo.

—Por fortuna no la sufre usted en su marido.

—Ha sido sólo el brazo.

—No... la cara también.

—¡La cara!

Sintió una impresión de terror. La asustaba la mutilación del rostro, de la parte más noble. Apenas pudo balbucear:

—¿Qué tiene?

—La metralla se llevó la nariz y una mandíbula.

—¡Dios mío!

Luciana la estrechó cariñosa.

—No llore... Su marido tiene un alma tan hermosa que yo he llegado á amarlo á través de sus cartas... como un hermano... y no he omitido nada para su curación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No he querido que lo viera usted antes de ahora para evitar á ambos una mala impresión.

Blanca se había rehecho.

—¿Qué me importa su semblante? Yo lo recordaré en su voz, en su mirada, en su alma tan noble... yo lo amaré siempre. Señora, que venga pronto cerca de mí...

—Sí... El va á llegar...

—...¿Cuando?

—Dentro de pocos días tal vez.

—¡Jesús!

—Estará usted preparada para recibirlo.

—¿Puede usted dudarlo?

—No, pero es preciso que haga acopio de fuerza, que no se le escape un gesto ó un movimiento que pueda herirlo en el corazón de un modo más doloroso.

—¿Tan horrible está?... ¡El, que era tan bello!

—No es eso. Su rostro está recompuesto de manera que apenas se conoce nada... Pero los que no lo conocimos antes no podemos apreciar la impresión que puede causarle á usted. ¡Cambia tanto una fisonomía una línea, un detalle, una impresión! Créame que uno de los peligros, el mayor quizás, de una larga ausencia, es que, á pesar de conservarse el amor al volverse á ver, no sean ya los que eran... Se convierten en los desconocidos.

VII

PREPARATIVOS

Muchas veces Blanca no se atrevía á preguntarse si deseaba ó temía verse en presencia de su marido. Hubiera ya querido tenerlo al lado, pasar aquel primer momento de extrañeza que debía tener. Recobrar lo que ella denominaba la memoria del corazón para no tener que acusarse de que en sus momentos de intimidad su pensamiento se volviese, á pesar suyo, hacia Guillermo, con más frecuencia que hacia Alfredo. Eran las facciones del holandés las que estaban más grabadas en su memoria; recordaba todas sus palabras, sus proyectos para lo futuro, y pensaba con pena en el dolor que le había causado.

Siempre que salía á la calle iba mirando recelosa á todos los soldados mutilados en el rostro y en los brazos. Le parecía que alguno de aquellos que tenía una estatura semejante á su marido pudiera ser él, y los miraba ansiosa. Creía, como le habían dicho, que Alfredo estaba fuera y no tardaría en llegar. Así, cada vez que llamaban á la puerta, cada vez que anunciaban una nueva visita temblaba y palidecía, presa de impaciencia é incertidumbre.

Luciana y Dagobert lo habían previsto todo. Alfredo tendría un empleo cerca de ellos, para atender decorosamente á su existencia; como regalo de las *segundas nupcias*, como decía Luciana riendo, les había regalado su ajuar y amueblado un precioso pisito, donde vivirían con su madre. Blanca había dejado sus vestidos de luto para complacer á la madrina, que, pensando en todo, no quería que Alfredo tuviese la impresión de su propia muerte al volver á ver á su mujer. Al recibirlo las dos enlutadas, le evocarían el padre y el hijo muertos, haciendo penosos aquellos minutos en los que la dicha, con su inconsciencia, debía sobreponerse á todo.

Se había quitado Blanca, con una tristeza incomprensible su traje negro; le parecía que debía llevar luto por muchas cosas... por todo lo pasado que le había entenebrecido el alma. Quizás, al volver á ser la esposa de Alfredo, se sentía como la viuda de Guillermo.

Con Matilde, Adela y sus amigas, iba frecuentemente á su casita, y todas se complacían en adornarla y hacerla confortable para abrigar su felicidad futura. Cuando las otras repetían, una y otra vez, asombradas:

—¡Esto parece mentira, después de creerlo muerto!

—¡Es milagroso haber salvado tantos obstáculos!

—¡Qué suerte verse reunidos y felices!

—Les parecerá un sueño.

Ella sonreía sin atreverse á confesar aquel estado extraño de atonía, de inconsciencia, de turbación, en el que apenas se daba cuenta de lo que pasaba.

Al fin, Luciana les comunicó la noticia, para la cual había estado preparando tantos días su ánimo y el de la anciana.

—Mañana llega.

Las dos mujeres habían solicitado ir á esperarlo, pero la artista se opuso.

—No. Esas primeras expansiones deben tenerse en el hogar y evitar el darse un espectáculo al vulgo. Además, Alfredo está delicado, hay que prepararlo bien.

—Nosotras lo cuidaremos.

—Hay que empezar por no hacer demasiado intensa la emoción de los primeros momentos.

—¿Está completamente curado?—preguntó la madre.

—Sí, y hasta más grueso y saludable.

—¡Gracias á Dios!

—¿Y?... ¿Y está muy desfigurado? — añadió Blanca.

—Apenas se le conoce nada. Sobre todo ustedes procurarán no mostrarle extrañeza.

—¡Extrañeza! ¿Por qué?—preguntó la madre.

—Su herida en el rostro lo ha cambiado un poco.

—¿Qué importa eso? ¿Verdad, Blanca?

—Claro que no, madre mía.

Luciana sonreía satisfecha. Alfredo estaba, también, bien preparado para ver á su familia. Poco á poco se le había ido revelando todo. Le dijo primero que tenía noticias de su familia; luego le habló de la llegada de Angelina y de la próxima venida de Blanca. Cuando estuvo en estado de poder ver á su cuñada, ella le contó las tristezas de la cautividad, la muerte de su padre y el crimen de que había sido víctima aquel inocente niño que no llegó á conocer á su padre y sólo había dejado en la vida un recuerdo de dolor. La crisis terrible de su dolor al saber todo aquello, tuvo un consuelo al saber que los invasores habían respetado á su esposa. Lloraba de agradecimiento hacia Guillermo y su familia, sin sospechar que con aquella protección le había robado algo más íntimo, de más valor, que aquello de que se mostraba tan celoso. En cambio, al saber la desgracia de su cuñada tembló de cólera.

—¡Quién hubiera estado allí!

Y aplaudió como un acto de virtud el parricidio, que no consideraba así.

—No te aflijas... vivirás con nosotros.

—No, yo deseo consagrarme á la caridad.

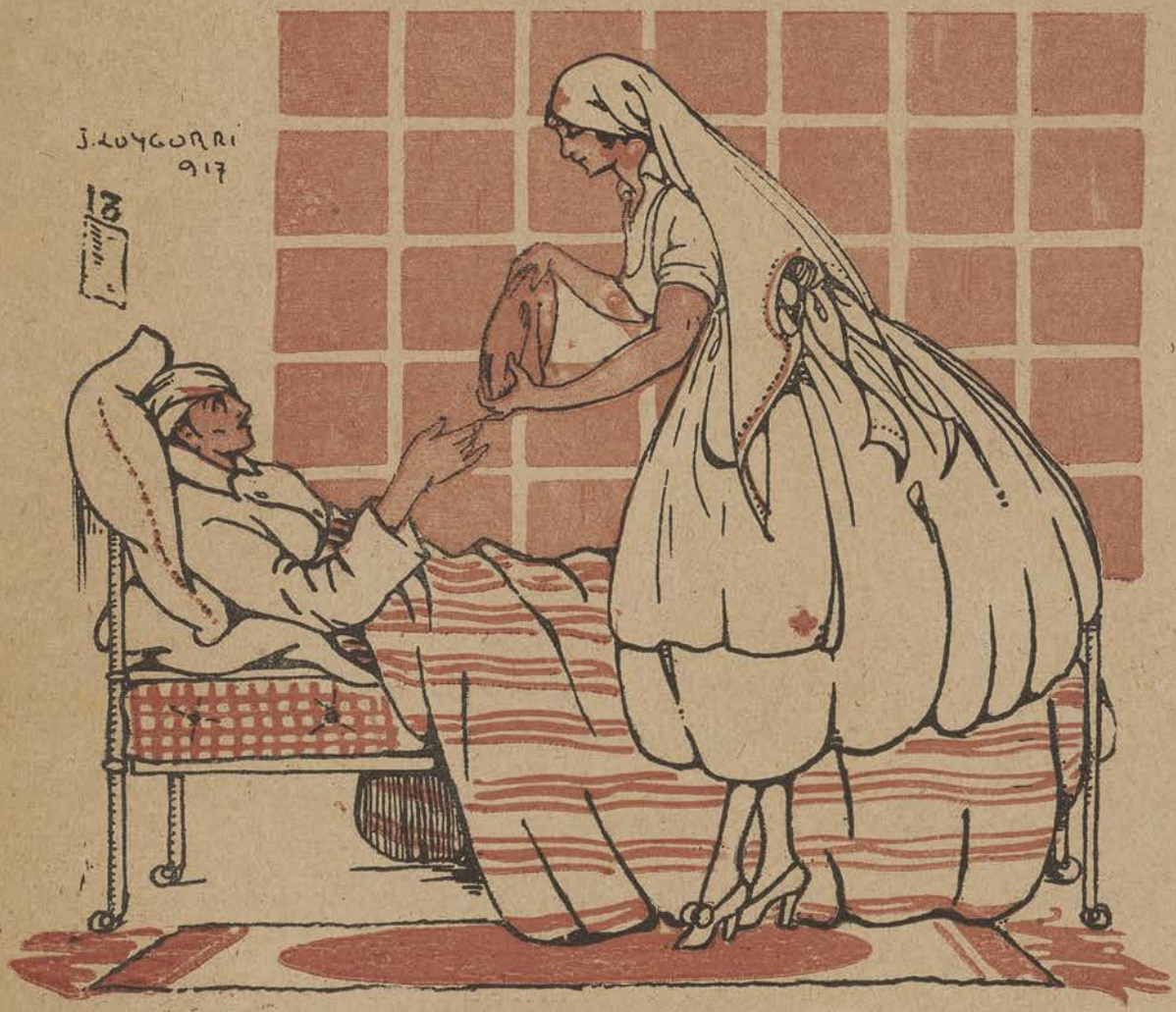
—¿Por qué renunciar á la vida, á un amor que no has conocido?

—Comprendo que no seré jamás feliz.

—¡Pero si lo mismo que tú, han hecho millones de mujeres! ¿Ignoras que la justicia las ha absuelto?

—Es que los jueces son hombres como tú... y yo... soy mujer.

Al cabo de varios días de departir con su cuñada, familiarizado ya con la vida de su familia, y conocedor de todo lo que hacían en su obsequio Luciana y Dagobert, éstos le anunciaron que Blanca y su madre estaban allí.



El sintió el mismo miedo que su mujer.

—No quisiera verlas hasta salir de aquí... Es demasiado dolor para ellas hallarme en el hospital.

Y después de un momento de silencio añadió:

—Angelina... ¿Crees que estoy muy desfigurado?... ¿Me has reconocido tú en seguida?...

—Estás casi igual.

Luciana consintió en darle su espejo.

—¡Oh! Estoy muy cambiado — exclamó él—

pero si he de decir la verdad, no pensé verme así. En realidad no se me conoce nada, ni costurones, ni cicatriz. Déjeme usted, madrina, que me arrodille para darle las gracias. Yo había temido ser un objeto de horror para mi Blanca... Había preferido morir... Por fortuna, usted me ha salvado la felicidad... le debo más que la vida... Ahora, madrina, por caridad, ¿cuando veré á mi esposa?

—Mañana...

—¿Dónde?

—Usted puede salir... vendrá á nuestra casa... Una visita que debe hacer con naturalidad... nada de emociones intensas... ¡Estas pobres mujeres han sufrido tanto!... Después me acompañará al teatro... verá en qué consiste su nuevo empleo... y me verá representar sin poder aplaudirme, á no ser que haga como otros de mis admiradores, que, mancos los dos, aplaudían el uno con la mano del otro.

—Yo haré cuanto usted quiera.

—Volveremos á cenar, y después, Angelina volverá á su hospital y ustedes se irán á su casita... Yo me quedaré otra vez sola... sola, con esa alegría triste de las madres que casan á sus hijos.

VIII

LA ENTREVISTA

El respeto á Luciana detenía á la madre y á Blanca en el salón para no correr á abrir la puerta cada vez que el timbre anunciaba la llegada de alguien. Más de una vez se habían sentido desfallecer de emoción al escuchar que hablaban Luciana y Dagobert con algún visitante. El alma toda acudía á los oídos y á los ojos para percibir la voz y la figura de su Alfredo.

Al fin, se abrió la puerta y Luciana y Angelina aparecieron seguidas de un soldado. Se les escapó un grito.

—¡Alfredo!

—¡Hijo!

Las dos, en su impulso primero, quisieron correr hacia él. Mientras la anciana pugnaba por levantarse del sillón, Blanca dió unos pasos, con los brazos tendidos, pero se detuvo con un pequeño gesto de duda. ¿Era Alfredo, era un desconocido?

El se había apoyado en la puerta, casi desfallecido.

—¡Madre! ¡Blanca!

La madrina y la enfermera lo sostenían.

—Valor, Alfredo.

—Hay que no ser cobarde para la felicidad.

Blanca temblaba. ¡Era él! Lo había reconocido en la voz... sólo en la voz, y eso no sin trabajo, porque su voz era una voz quebrada, con una nota extraña que no podía escaparse á su oído... Era como si su voz también hubiese estado herida. Una voz curada.

En los primeros momentos los tres formaban un grupo, en el que se cambiaban besos, sollozos y lágrimas. Más tranquilos todos, se sentaron cerca de la chimenea, colocando á Alfredo entre las dos mujeres, que no querían apartarse de él.

Se habían quedado todos en silencio, no sabían qué decir. ¡Tenían tanto que contarse! La madre era la única que no podía dejar de acariciarlo; para ella no había sido desconocido ni un solo momento. Para la madre, el hijo es siempre el hijo, de su propia carne, de ella misma; lo siente, lo adivina.

—¡Si te viese tu padre!

Un sollozo respondió á su recuerdo.

Luciana desvió la conversación, llamando la atención de Alfredo hacia otros recuerdos.

—¿La guerra?

Pero él, como todos los soldados de esta guerra, tiene poco que contar. Por una paradoja, esta guerra, la más grande, la más terrible, la más cruel que registra la historia, es sórdida, sin poesía y sin grandeza. Es como si su misma fuerza la empequeñeciese, no dejase más que contemplar trazos aislados.

Alfredo no podía decir nada, no sabía nada, no había, en realidad, visto nada más que la trinchera y el puñado de hombres que lo rodeaban. Era como el que sube á una montaña engañado por la perspectiva y, una vez allí, ve sólo el pedazo de tierra llana en torno suyo. La montaña no existe ya después de dominada la altura.

Guardaba sólo la impresión de la soledad y la tristeza de las trincheras, más por el recuerdo de los suyos y el tormento de la separación, que por las penalidades... Después, él también creyó que había muerto... Resucitó herido en el hospital... Lo curaron... Había sido todo cosa mecánica, una tragedia silenciosa... sin importancia.

Blanca lo escuchaba aterrada, no por el relato, sino por el eco tan lejano que todo aquello hallaba en su corazón. Aunque ella, como todas las demás, había elogiado la curación maravillosa de Alfredo, y en su misma excitación nerviosa hallaba fuerzas para estar locuaz y animada, no podía reconstruir la figura de su marido. El que tenía delante seguía siendo otro distinto... y no sólo para sus ojos, sino para su corazón.

Poco á poco todos se habían ido retirando. Primero Dagobert y Luciana, para prepararse á ir al teatro, donde los llamaba su profesión; después Angelina y la madre, con un pretexto cualquiera: como si sintiesen la necesidad de dejarlos solos, el temor de estorbar sus besos.

Cuando se quedaron frente á frente no sabían qué decirse. Blanca perdió aquella locuacidad que había tenido bajo la mirada de la madre y de Luciana. No sabían cómo estar el uno frente al otro: se daban cuenta de que algo se había separado en ellos, sentían un embarazo que les impedía hablar de sí mismos. Hablaron del hijo muerto.

—¡Pobre hijo nuestro!

Después de esta exclamación, los dos se abrazaron como padres de aquel hijo, no como amantes. Sentían una vergüenza de novios, que temen que

los dejen solos, y eso los comprometa delante de los demás.

Miraron á un tiempo hacia la puerta, y él preguntó:

—¿Por qué se habrán marchado?

Ella, al oirlo, llamó:

—¡Madrina!... ¡Madre!... ¡Angelina! ¡Venid!

Se sintieron como aliviados de un gran peso cuando se vieron rodeados de toda su familia, sus amigos. Esta vez estaban también Matilde y Adela, con Celeste y Luna; y la conversación se generalizó, se animó, la reunión tomó un carácter de fiesta. Cada uno recobró su aplomo, todos se sintieron dichosos; el rostro de Alfredo resplandecía de felicidad; habían perdido todos sus temores y la nueva era que la vida abría ante ellos era prometedora y dichosa.

IX

FRENTE AL ESPEJO

Habían disculpado que Blanca no quisiera ir al teatro, teniendo en cuenta cuánto la habían quebrantado las emociones de aquel día. No había querido que se quedase con ella nadie. Después de un rato de descanso se pondría bien... Esperaba estar buena cuando volviesen á cenar y á acompañarlos á su casa.

¡Su casa!... Aquella idea la aterraba.

De pie, con los codos apoyados en el mármol de la chimenea y el rostro cerca del cristal del espejo, se miraba con los ojos muy abiertos, algo asombrados; asombrados de verse frente á otra persona con la que podía dialogar, y frente á la que podía meditar. El espejo es otro personaje en la vida, en las grandes soledades, en las grandes tragedias. Un personaje necesario para no sentirnos solos, para vernos á nosotros mismos, para sentir toda nuestra realidad. Blanca necesitaba aquella persona íntima que estaba oculta en ella y la miraba en el espejo. Por eso se había acercado á él y lo miraba con los ojos asombrados tan largo rato, buscando que le diera la clave de su asombro.

Con un corazón bueno no se había atrevido á ver toda la verdad de su situación, pero la verdad estaba en ella y se imponía.

—Bueno... ¿Pero qué?...—balbuceó.

Se volvió á quedar silenciosa, dudando, queriendo callarse á sí misma lo que gritaba dentro de ella y le movía los labios. Pero el impulso era más fuerte que la voluntad; la mujer del espejo preguntaba, demandaba, exigía sinceridad.

—¡Es un desconocido!

Ya se lo había dicho... le dió miedo de habérselo dicho y escapó de allí, para dejarse caer llorando en una butaca.

Sí, era un desconocido, no era Alfredo. ¿Por qué habían tenido la idea de colocarle aquella máscara? Si hubiera quedado mutilado, lleno de cicatrices, horrible, ella lo hubiera reconocido mejor, le hubiera visto el rostro debajo de aquella mutilación; pero así estaba suplantado por otro hombre. Había brotado de la suplantación un rostro vulgar, inmóvil, que no decía nada, un

rostro de expresión apagada bajo toda aquella carne falsa que lo cubría.

Le parecía que el espíritu de Alfredo había tomado también otro rostro desconocido, el mismo rostro vulgar. Un alma y un rostro que ella no había elegido.

Estaba frente á un hombre que se le imponía como en un matrimonio obligado, de conveniencia. Cuando se serenó un poco volvió á la chimenea, se miró de nuevo al espejo; se secó las lágrimas, como si su imagen quisiera que dominase su angustia y ayudarle á razonar. ¿Le preguntaba ella á la del espejo ó la del espejo le preguntaba á ella?—"¿Qué iba á hacer? ¿qué haría?"—Estaba condenada, obligada inexorablemente al sacrificio.

No podía retroceder ante aquel hombre, tenía que aceptarlo en recuerdo del otro. Era como si en la viudez hubiera un heredero legítimo y directo del muerto, al que le perteneciese la viuda.

Pero sobre todas sus reflexiones se alzaba una rebeldía, una repugnancia. Sin querer, repetía:

—Es el desconocido. Es el desconocido.

Y no podía librarse de él. Miró en torno, con deseos de buscar quien la protegiera, y la voz de su corazón gritó pidiendo auxilio:

—Guillermo... Guillermo.

Se avergonzó de que la hubiese oído la otra y la miró suplicante, como pidiéndole perdón. Aquello era una locura, una impresión del primer momento. Al lado de aquel hombre que no conocía iría saliendo poco á poco Alfredo, al través del tiempo. La faz llorosa y descompuesta que tenía delante parecía implorarla. Quiso consolar aquel dolor. Puso en su pañuelo unas gotas de agua de rosas y se limpió los ojos... compuso los rizos del peinado... el desorden del traje...

Cuando oyó detenerse el auto, llamar al timbre, y escuchó el ruido de las voces que se acercaban, miró por última vez aquella imagen que se iba como alejando y hundiéndose en el fondo de la pared, detrás del espejo, y tuvo para ella una mirada dulce, una resignación afectuosa, una sonrisa un poco forzada y contrahecha, pero animada de una gran firmeza, de una gran voluntad, de una condescendencia de sacrificada.

Aquella expresión se había de quedar también sobre su rostro como una máscara inalterable. Escondida bajo ella salió á esperar á los que llegaban y dijo á su marido:

—Estaba impaciente por verte volver... No nos separaremos ya más. Hoy comienza nuestra vida.

Carmen de Burgos
"Colombine"

París, 1917.

Imprenta de "Alrededor del Mundo", Martín de los Heros, 65.

lucimientos grandes, y esto es, precisamente, lo que se trataba de demostrar. Catalina Bárcena, insistiendo en su empeño de aparecer como actriz enciclopédica, eligió en mal hora para iniciar sus trabajos la caduca producción, que no es, en verdad, de las que han de acrecentar su fama. ¿Por qué este empeño suyo en salirse de su centro? ¿Cree la gentil comedianta que sería menos meritorio seguir siendo la primera de nuestras ingenuas, en vez de ser una actriz más, de mérito positivo, pero no la primera, ni mucho menos? De insensato calificaríamos al escritor que, produciendo sainetes admirables, se esforzara en zurcir tragedias y dramas mediocres. ¡Lástima de artista desviándose de su verdadero camino, sólo por añadir un matiz más á los que tantos y tan merecidos plácemes le valieron!...

Además... son inevitables las comparaciones. Prescindamos de Rosario Pino, que ha hecho también por estos días *Divorciémonos*. Están recientes los tiempos en que María Tubau lograba en esta obra uno de sus triunfos más resonantes y legítimos. ¿Cómo negar que entre la Cipriana de entonces y la de ahora media un abismo? En el acto del restorán, María Tubau era una señora que se *alegra* con champaña; Catalina Bárcena da la sensación de una modistilla que se *apitima* con morapio en la *Bombi*...

La obra estuvo bien presentada, salvo algún detalle de menor cuantía — una puerta que no abre á tiempo, una luz que se enciende mucho después de dar vuelta al interruptor. — Los demás actores, dando á sus papeles una entonación grotesca, que no parece la más adecuada. Y Josefina Morer, la actriz estupenda que hace un año admiró á todos, empleando sus

GARCÍA ORTEGA,
EN "UNA MUJER IDEAL"

aptitudes en un emboladito de criada, como la última meritoria. ¿Qué apostamos á que no vuelve á tropezar en Eslava con un papel digno de ella? Cosas de Talía...

AUMAROL

EFEMÉRIDES

DE MARTES Á LUNES

Martes, 2. — Los alemanes bombardean nuevamente Londres.—Dimite el Gabinete sueco.

El miércoles se amotina el vecindario de Almoharín, por haber comprado dos sujetos 34 cántaras de aceite.—Los obreros del puerto de Buenos Aires se adhieren á la huelga de los ferroviarios.

El jueves se hace público el fallo del Consejo de Guerra que juzgó al Comité de la última huelga, y que condena á los individuos que lo formaban á reclusión perpetua.—Los alemanes hunden el crucero inglés "Drake".—Se sube nuevamente el precio del papel.

El viernes quedan suprimidos varios trenes de la línea del Mediodía.—Dimite el recién nombrado comisario de Abastecimientos, señor Alas Pumariño.—Queda levantado el estado de Guerra en toda España.

El sábado es nombrado comisario de Abastecimientos el señor conde de Colombí. — En la estación de Astorga chocan dos trenes, sin que haya que lamentar desgracias.

El domingo se evade del arsenal de La Carraca el submarino alemán "U-293", que estaba internado. A consecuencia de ello es relevado el comandante del apostadero y quedan cesantes los jefes del arsenal. — Las Cámaras del Uruguay votan la ruptura con Alemania.—El Perú entrega sus pasaportes al ministro alemán.

El lunes los aviadores italianos bombardean nuevamente Cattaro.

LOS DEPORTES

REVISTA SEMANAL

Aunque no del todo formalizada, la temporada deportiva ha dado muestras de vida la última semana.

Una carrera pedestre (?) en la que es difícil saber quiénes han quedado en mayor ridículo, si corredores ú organizadores, y dos partidos de balompié de segunda y primera categoría, ambos monótonos y aburridos; pero es lo cierto que, á pesar de todo y aunque por estas muestras no lo parezca, ¡estamos en plena temporada deportiva! Confiemos en que tras estos tiempos vendrán otros mejores.

BALOMPIÉ

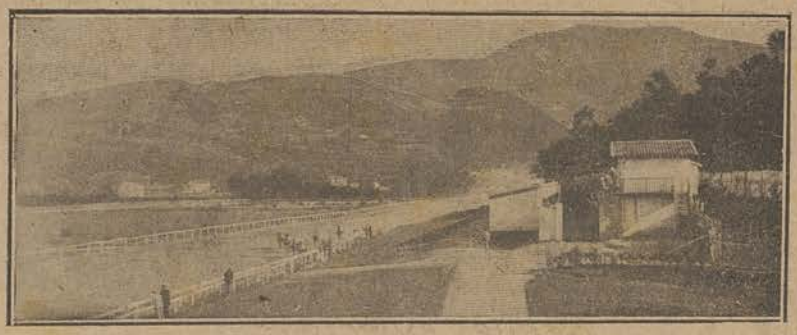
De los partidos, el que pudiéramos llamar más interesante, es el celebrado en la tarde del domingo, en el campo del "Madrid Foot-ball Club", entre dos equipos seleccionados, para entrenamiento de los madrileños que el domingo próximo deberán jugar en Barcelona contra la "Selección Catalana". Será suficiente, para juzgar este partido, como más arriba queda dicho, el entrenamiento de la selección madrileña, que no pareció por parte alguna en el campo...

PEDESTRISMO

Serían suficientes y hasta excesivas las líneas dedicadas más arriba al hablar de la prueba celebra-

da el domingo último, pero la esperanza de que tal vez la crítica sincera, les haría en otra ocasión ser más cuidadosos de sus organizaciones á los directores de la "Unión Deportiva Castellana", nos mueve á insistir en este asunto: un éxito en una carrera es apenas tema de breve laudatorio, en cambio alrededor de un fracaso, tan sólo de uno, puede fácilmente enroscarse ¡quién sabe! hasta la disolución de una sociedad, sin que en este caso nosotros ni sospechemos ni deseemos semejante cosa.

De los cinco kilómetros quedaron vencedores (después de las correspondientes descalificaciones), Luis Velasco y Mariano Vega.



HIPÓDROMO DE LASARTE.—UN ÁNGULO DE LA PISTA EN DÍA DE CARRERAS

PROVINCIAS

San Sebastián. — Las carreras de caballos. — El premio "Cesarewitch".

Un tiempo primaveral, espléndido, favoreció la reunión del último domingo en el hipódromo de Lasarte. El interés enorme que despertaba la carrera "Cesarewitch", con sus 100.000 francos de premio, llevó al *stand* innumerables aficionados.

La explanda exterior quedó cubierta de automóviles que llevaron á numerosos aristócratas.

UN MOMENTO INTERESANTE DEL PARTIDO DE BALOMPIÉ ENTRE LOS SELECCIONADOS

Los Reyes y príncipes con todo su séquito, llegaron momentos antes de comenzar las carreras, y más tarde S. M. la reina doña Cristina.

CORREDORES QUE TOMARON PARTE EN LA SEGUNDA PRUEBA DEL "FORTUNA", EN SAN SEBASTIÁN. (EL NÚMERO 7 ES JUAN MUGUERZA, GANADOR DE LA COPA DEL PRESIDENTE DEL CLUB) Fotos. Norton.

Los resultados técnicos de las pruebas son los que siguen:

Primera carrera.—Premio "Tantony", á reclamar. Distancia, 1.800 metros. Ganó "Royaumont" (3.000 francos), de Arrizosa, montado por Garner; segundo, "Alphonsine". El ganador fué reclamado en 4.000 francos por el señor duque de Toledo.

Segunda carrera.—Premio "The Cloud". Llegó primero "Le Chatelet" (2.500 francos), de Cohn, montado por Stern; segundo, "Gaillon", de Aldama, y tercero, "Renard Bleu III", de Martorell.

Tercera carrera.—Premio "Pattes en l'Air". Recorrido, 2.000 metros. Ganó "Holl", de Perales-Parladé (1.500 francos), montado por Hirons; segundo, "Le Paseur", del marqués de San Miguel, montado por García, y tercero, "Rockland", del marqués de Martorell.

Cuarta carrera.—Premio "Cesarewitch español" (100.000 francos de premios). Corren 13 caballos, de los 14 inscriptos. Llegó primero "Sthanborough", del marqués de San Miguel, montado por García, que gana 60.000 francos; segundo, "Osnabruck, del conde de Castelbajac, que gana 25.000 francos montado por Deboot; tercero "Guippard", del conde de Rivaud montado por Woodland (10.000 francos), y cuarto, "Rabanito", de Cohn (5.000 francos).

El Rey y numerosos amigos felicitaron al marqués de San Miguel por su triunfo.

Quinta carrera.—Premio "Countest". Vallas. Ganó "Principessa" de Villamejor (2.500 francos), montado por Deangeles; segundo, "Berdegail Bearnis", de Prado y Palacio (300 francos), montado por Bugeret, y tercero, "Coco", de Prate montado por Claron.

A. M. F.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y á plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

CASA ALONSO
Fundada en 1865
22, Valverde, 22.

Concesionarios exclusivos: Sucesores de E. Steinfeldt.—Calle del Prado, 15.—Tel. 984.—Madrid.

Obras de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos»

El templo de Talía.
Idilio trágico.
Siervo y tirano.
Los hijos.
Donde hubo fuego...
La ley de Malthus.
Siempreviva.

Precio de cada una, 3 pesetas.

Los lectores de "Los Contemporáneos" que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando á esta administración, por cada tomo que soliciten, 3 pesetas en sobre monedero, giro postal ú otro medio análogo.

EXTINTOR DE INCENDIOS QUIMICO "KUSTOS"

Adquirido por el Banco de España, edit Lyonnais, Museo del Prado, atro Real, Cuerpos de Bomberos de adrid, Bilbao, San Sebastián, Sabadell, etc., etc.
El único inexplosible y las cargas prepara el comprador en su casa.

L. Serrano, S. en C.

PASEO DE RECOLETOS, 10, Madird

VIUDA DE R. ABATI

Modas.—Ultimos modelos de París para la próxima temporada.

MARIANA PINEDA, NUM. 7.—MADRID
Teléfono núm. 92.

LOS MUCHACHOS"

SEMANARIO INFANTIL
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

ADEMAS DE SER GRATO

al paladar por su delicado perfume tonifica las encías, blanquea los dientes sin atacar su esmalte, detiene la caries destruyendo al microbio que la produce, perfuma el aliento, y embellece y refresca la boca. Toda persona atenta á los cuidados de la higiene debe tener en su casa un frasco de

Oxenthol

CREACION

DE LA

PERFUMERIA FLORALIA

Oficinas: ATOCHA, 14.